

Juésves 14 de marzo, 1839.

EL PANORAMA,

PERIÓDICO DE MORAL, LITERATURA, ARTES, TEATROS Y MODAS.

INDICE DE ESTE NÚMERO.— Biografía: Cristóbal Colon.— La Mujer: (Artículo 3.º)— Poesía: La Coaresma.— Los huesos del R. P. Hilarion.— Un amor.— Liceo artístico y literario.— Ramillete.

BIOGRAFÍA.

CRISTÓBAL COLON.

El grande hombre, á cuyo jenio colosal debieron España y la Europa entera el descubrimiento de un mundo nuevo, nació el año de 1442 en Cuccaro, pueblo del ducado de Monferrat, en Italia, de una familia noble, pero no muy acomodada. Una opinion de bastante crédito le hace natural de la ciudad de Génova, donde, segun dicen, ejercía su padre en un arrabal el oficio de tejedor. — Nada ofrecen de particular los primeros años de la vida del célebre navegante. Empezó sus estudios en Pisa, y, como su padre le destinaba á viajar para el comercio marítimo, se dedicó mas especialmente á la jeografía, á la cosmografía, á la astronomía y á la ciencia de las matemáticas. Á estas primeras lecciones teóricas, añadió poco despues la experiencia adquirida en muchas travesías,

y despues de haber navegado en no pocos mares, y sobre todo en los del-norte, concibió sus grandes proyectos de descubrimientos, á los cuales encaminó desde entónces todas sus ideas. Cargado muchos años con sus planes de viaje, recorrió con heroica paciencia las diversas cortes de Europa, sin encontrar quien le oyese, hasta que la casualidad le hizo dar con un fraile llamado Juan Perez de Marchena, prior de un convento, hombre instruido y ávido de conocimientos. Sorprendido por el noble aspecto de Colon, á quien creyó un mendigo, le interrogó y quedó encantado de sus respuestas. Participando muy luego del entusiasmo del navegante, le obligó á presentarse en la corte de la primera Isabel, y solicitar de ella los medios para pónér su empresa en ejecucion: recomendóle ademas con espresivas cartas á Fernando de Talavera, confesor de la reina.— Hallábase en Córdoba la corte, cuando Cristóbal Colon llegó á ella. No era favorable el momento, pues entónces ocupaba esclusivamente los ánimos la guerra contra los moros. Colon suplicó, perlió y

no desmayaron su constancia seis años de inútiles solicitudes; porque la fortaleza de su genio se endurecía con los obstáculos y no podía ceder ni al peso del ridículo con que un siglo ignorante trataba de abrumarlo. — Algunos han creído realizar su



talento presentándose como un nigamán- | Al sobrenatural, había adivinado un pue-
tín, que, por un sí poder de un pue- | vo mundo. Como un tenía ni podía tener

oscura de la existencia de la América no-
ciones mas extensas que las de los hombres
mas instruidos de su siglo. Las relaciones
del célebre veneciano Marco-Polo habian
hecho vivamente su curiosidad é infla-
mado su imaginacion. Convencido de la es-
fericidad de la tierra, pero creyéndola
mas pequeña de lo que es en realidad, alu-
cinado además en el discurso de sus con-
jeturas por el defectuoso trazado de car-
tas dibujadas segun las ideas de Ptolomeo,
que daban al Asia grande extension hacia
el Este, creía que las costas orientales de
la China estaban mucho mas cerca de Es-
paña; y pensaba en abrir un camino
mas corto por el Oceano para llegar
á las riberas de la India y tal vez á
la famosa isla de *Cipango*, ó Japon, que
Marco-Polo habia anunciado como situa-
da cerca de la China y de la cual referia
tantos milagros. Todos los cosmógrafos de
la edad media hacen mencion en sus car-
tas de un grupo de islas (*antè insulae*)
que colocan á bastante distancia de la Eu-
ropa y al occidente del Oceano Atlántico.
Una de ellas, por una concordancia nota-
ble, lleva el nombre de *Antilia*. Tosca-
elli, amigo de Colon, en este punto confor-
me en ideas con él, calculaba que no de-
bía hallarse á mas de 225 leguas de Ci-
pango. Á estas primeras opiniones se mez-
claba la influencia de una preocupacion,
entonces adoptada casi jeneralmente, que
consistía en creer en la existencia de gran-
des territorios en la parte del globo opues-
ta á nuestro continente, para que le sir-
vieran de contrapeso, y esta extraña creen-
cia autorizaba para explicar la grande ex-
tension del Asia al rededor de la esfera.—
En Jaldé ofreció Colon sus servicios á Gé-
nova su patria, á Venecia, al papa, y al
rey de Portugal. En todas partes le des-
preciaron como á un aventurero, y ca-
lificaron sus proyectos de delirios forjados
en el cerebro de un visionario. En Espa-

ña le enviaron á una junta de matemá-
ticos ignorantes, de frailes, de obispos, de
teólogos, que á cada uno de sus argumen-
tos oponian un pasaje de las epístolas de
S. Pablo, donde el apóstol compara la bó-
veda del cielo á una vasta tienda suspen-
dida encima de la tierra; lo que prueba
sin réplica, decian, que la tierra es lla-
na.—En esto una carta favorable del rey
de Francia reanimó el valor de Colon.
Disponiase á marchar á Paris, cuando le
detuvo el feal Perez, que quiso defender
su causa por última vez ante la reina Isa-
bel. El crédito del padre venció. Tres frá-
giles navicillas, tripuladas por noventa
hombres, constituian la escuadra que se
puso á su disposicion, y con tan débiles
recursos dió la vela en el puertecillo de
Palos, en Andalucia, el viérnes 3 de ago-
sto de 1492. Las estipulaciones que habia
hecho con el rey y la reina le ofrecian la
investidura de almirante con el título de
virey y gobernador jengral de las tierras
que descubriese.—La flotilla compuesta
de las tres naves la *Santa Maria*, man-
dada por Colon, la *Pinta*, por Martin
Alonso Pinzon, y la *Niña*, por el her-
mano de este, Vicente Yañez, tocó en las
islas Canarias, y no pudo proseguir su
viaje hasta el 6 de setiembre siguiente. Fa-
vorecida en los primeros dias la navega-
cion por un tiempo hermoso, y anima-
dos los espíritus por la esperanza de la
fortuna que cada cual entreveía en los
seguros descubrimientos, todo iba á gus-
to del deseo. Pero á medida que se inter-
naban en aquel mar inmenso, donde nin-
gun navegante se habia aventurado aun,
á medida que pasaban dias sin descubrir
indicios de la tan apetecida tierra, la ima-
jinacion, apartando sus limites al infinito,
comenzó á enfriarse: y desde el extremo
de una exajerada confianza, cayó en el
de un profundo desaliento. Exasperados los
marineros concertaban ya entre sí los

medios de deshacerse de su almirante. Este, tranquilo e inaccesible al temor, aun en frente del peligro cuya extensión sabía medir, imponía á los conjurados con su firme continente y con la energía de su carácter. El 7 de octubre creyeron ver tierra: la *Pinta* salió á la descubierta y tiró el cañonazo que era la señal concertada; pero se había equivocado. Entónces no conoció límites el furor de los facciosos: amotinóse la tripulación entera, rodeó á su capitán y quiso obligarle á dar la vuelta á España. Pero Colon no se intimidó con sus amenazas: "El rey, vuestro amo y mio, dijo, me ha mandado ir en busca de otras Indias; mientras viva, si Dios me ayuda, perseveraré en mi empresa."— Sin embargo su situación, que iba haciéndose cada vez mas crítica, le exponía á ser víctima de su atrevido jenio, cuando se manifestáron mas evidentes los indicios que anunciaban la proximidad de una costa. Yerbas recién arrancadas, pecillos de las que solo habitan en las riberas, cañas, un basto curiosamente labrado y sobre todo una rama de árbol cubierta de fruto y poco ántes separada del tronco, apaciguáron la revolucion de los marineros. Por la noche, fué Colon á apostarse en la parte mas elevada de la popa de su buque. Él fué el primero que vió una luz que mudaba de sitio y desaparecía algunas veces en el horizonte. Eran las diez. Por último, á las dos de la madrugada, el cañón de la *Pinta* dió la señal de tierra. Hallábanse á dos leguas de la costa y era aquel dia, como el de la salida de España, un viernes 12 de octubre de 1492. Cristóbal Colon acababa de descubrir el Nuevo-Mundo á los setenta y un dias de haberse hecho á la vela. Bajó á tierra llevando en su mano el pabellon real y solemnemente tomó posesion de la isla, en nombre de los soberanos de España, dándole el nombre de *San Sal-*

vador. Los salvajes que la habitaban eran en extremo apacibles y estaban completamente desnudos. Su tez tenía un color de cobre oscuro y carecían de barbas. Disipada la primera impresion de terror, se acercáron á los españoles con respeto y se postarón en tierra para adorarlos como á dividades. — Al salir de San Salvador, Colon se llevó consigo algunos insulares, y, despues de andar errante por el archipiélago de las Lucayas, descubrió la grande isla de Cuba, que al pronto tuvo por la famosa Cipango, imaginando despues sería el extremo del continente asiático. Desde allí llegaron á Haiti, dándole el nombre de la Española. Los habitantes eran apacibles y benévolos. Uno de sus jefes el cacique Canaguari acogió cordialmente á los viajeros y mas tarde se sacrificó por ellos con una generosidad digna de mejor suerte. Durante su mansion en esta isla se estrelló en la costa el navío almirante, Santa María. Aficionado Colon á los atractivos de aquel terreno, construyó en él un fuerte, en que dejó parte de su tripulación para que lo guarneciese mientras él volvía á España. Despues de un penoso viaje entró en el puerto de Palos el 14 de marzo de 1493, á los siete meses y medio de su salida. — Cristóbal Colon fué recibido en España como un gran conquistador. Su tránsito desde Palos á Barcelona, donde se hallaba la Corte, fué una verdadera marcha triunfal. Los isleños que trajo en su compañía, los curiosos pájaros, las plantas desconocidas, el oro y la plata, procedentes de los países descubiertos, figuraban en medio del cortejo y asombraban al pueblo. Levantáronse el rey y la reina al acercarse el animoso marino, y al oír de sus labios la relacion circunstanciada de su viaje, dobláron la rodilla para dar gracias al cielo. — En 25 de setiembre de 1493 dió la vela á las órdenes de Colon la segunda expedicion, compuesta

de 17 buques de todos tamaños. Descubrió otras muchas islas, entre ellas las conocidas por las islas de *Sotavento*, y el 27 de noviembre llegó á la Española y solo encontró los escombros del fuerte que en ella había construido; pues entregada á los mayores excesos la guarnición, había sido pasada á cuchillo por un jefe de origen Caraibe, llamado Coanobo. El almirante edificó en este sitio la primera ciudad europea del Nuevo-Mundo, que recibió el nombre de *Isabela* y en la cual dejó á los que se habían embarcado con él deseos de establecerse en los países descubiertos. Partió de allí y reconoció la Jamaica. — Á su vuelta á la *Isabela*, halló la colonia en un estado deplorable. Los españoles se habían indispuesto con los indígenas. Con su rennó apresuradamente algunas tropas, marchó contra los caciques confederados y los derrotó. Vióse precisado en este tiempo á hacer un viaje á España para justificarse de las calumnias de sus enemigos, que no tardaron en quedar confundidos. Despues de muchas dilaciones, consiguió ponerse á la cabeza de la tercera expedición; y entonces descubrió las costas del continente americano, á que no tuvo la gloria de dar su nombre, como si la fortuna se hubiese complacido en abrumarle con todo género de pesares. El resto de su vida no ofrece mas que un encadenamiento de intrigas urdidas contra su fama, que le llenaron de amargura hasta la muerte. Acusáronle en la corte de España: enviáron á Bobadilla á Santo-Domingo con ilimitadas facultades: hizo este cargar de hierros á Cristóbal Colon y sus dos hermanos: los embarcó como malhechores; y, para que fuesen juzgados, los trajo á la misma España, á donde poco ántes se presentára como triunfador. — Fernando é Isabel, advertidos por la decisión que se manifestó en los espíritus á favor del ilustre navegante, desaprobáron

la conducta de Bobadilla y repusiéron á Colon en el goce de todos sus títulos y dignidades; pero sin volverle el gobierno de Santo-Domingo. — Aun hizo el cuarto viaje, que tuvo pocas consecuencias; y, agotado de fatiga, de penas y enfermedades, estuvo enfermo bastante tiempo y terminó dolorosamente su gloriosa existencia en Valladolid el año de 1506. Sus restos, depositados primero en Sevilla, fueron trasladados despues á Santo-Domingo, teatro de su grandeza y de sus persecuciones. Allí permaneciéron inhumados en la iglesia catedral hasta 1795, época en que se transportáron á la Habana. La ciudad de Génova, que reclamó el honor de llamarle hijo suyo, le ha erijido una estatua.

— Esta breve reseña de los hechos y padecimientos de un hombre grande dicen mas que todas las declamaciones de la filosofía y todas las alabanzas de los poetas. El jenio inmortal, que dividió la admiración de su siglo con Guttenberg, pertenece ya á la historia y ocupa en ella el lugar á que le hicieron acreedor su saber y su constancia. Cien libros hay escritos en su honor: su nombre se venera en ambos mundos y será eterno en la memoria de las jeneraciones. Qué podrían añadir á tanta gloria nuestros débiles elogios?

LA MUJER.

ARTÍCULO 3.º

Llega por lo comun la mujer á la edad del completo desarrollo de sus cualidades físicas y morales, y del conocimiento de la sociedad, cuando se halla indisolublemente unida á un hombre, á quien no pudo quizá conocer ni apreciar en su verdadero

valor. Prescindimos siempre en nuestro exámen de las causas excepcionales, como la violencia, el engaño, el abuso de un momento. Todas estas circunstancias no pueden tomarse en cuenta al tratar este punto con la generalidad que le consideramos nosotros: pero aun prescindiendo de ellas, y atendiendo solo á los efectos naturales de la educacion que nuestras mujeres reciben, y á las preocupaciones de que nuestra sociedad adolece, no es aventurada asegurar que de cada cien esposas lo llegan á ser las ochenta sin tener la conviccion íntima y segura de que el compañero á quien se entregan, es el que deba hacer su felicidad. Más desde el momento en que prestan el terrible juramento, desde el punto en que un contrato irrevocable las liga exclusivamente á un hombre, desde aquel instante adquieren un grado de independencia, que hasta entónces no gozaron. ¡He aqui otra de las anomalías inexplicables de nuestro estado social!...

Cuando la mujer es libre; cuando necesita toda su independencia y espontaneidad para hacer una eleccion acertada; cuando el uso que haga de esta libertad puede atraerla ó la recompensa de una colocacion ventajosa, ó el castigo del desprecio y de la postergacion; cuando ninguna obligacion la liga, ninguna precisa ocupacion la embaraza; cuando siente una inclinacion natural á la diversion, á la lijereza, al placer, entónces es precisamente cuando una educacion hipócrita y preocupaciones arraigadas en las costumbres, la reducen al encierro y la soledad; la llenan de trabas y ligaduras, y la sujeta un errado bien parecer hasta en las acciones mas indiferentes. Y por el contrario luego que fijada su eleccion contrae la mujer importantes obligaciones que llenar, y se empeña en ocupaciones graves á que atender; cuando pasada la época de los placeres y diversiones llega naturalmente la

del reposo, entónces la sociedad la concede un completo ensanche, libertándola de los enfadosos miramientos que hasta aquel punto la sujetaron. ¿Qué de males no produce á la sociedad semejante contradiccion! La mujer que fué esclava cuando debió ser libre, obije mal y se entrega al primero que se presenta, por adquirir la libertad que apetece; y como la sociedad no la permitió gozar cuando podía sin mas peligro que el de su propia reputacion y bienestar, lo hace despues á costa quizá de la reputacion y el bienestar del esposo á quien hubo de entregarse. Si en vez de repugnar la sociedad que la jóvea soltera se presentara sola en la calle y el paseo, fuera notado que lo hiciera la casada sin su esposo; la primera podía gozar en la época, que naturalmente está destinada á este objeto, y cuando llegara al estado de la sujecion y los deberes no echaria de menos la libertad de que había disfrutado. Ni se teman los peligros que á la moral causaria aquel ensanche; porque ¡ay de la virtud que ha de sostenerse á fuerza de privacion y precauciones!... Si hay peligro en la libertad de la mujer ¿no es mas temible cuando pertenece á un hombre que cuando es independiente?... La moral verdadera debe apoyarse en la conviccion y sostenerse en la práctica, no pregowarse hipócritamente por el labio, condenándose en el corazón, y deseando que se presenten ocasiones en que se infrinjan sus preceptos, con tal de que el silencio y el misterio oculten la infracción.

Si fundada la sociedad sobre bases mas sólidas de moralidad, enseñada la mujer desde sus primeros años, libre en sus acciones, hasta el punto que su sexo puede permitirlo, adquiriera el convencimiento de que se presentaba al mundo para ser juzgada y apreciada por su conducta, este freno seria cien veces mas fuerte y pód-

roso que cuantas ridículas afectaciones ha descuido la preocupación. Entonces la mujer virtuosa podría ostentar su mérito á los ojos de todos, y la viciosa ó inmodesta sería conocida y despreciada; mientras que ahora una errada educación y absurdas impresiones igualan y confunden unas y otras, cubriéndolas con el velo de una afectada reserva.

Tanto es más perniciosa semejante costumbre, cuanto que debiendo unirse los dos sexos de una manera irrevocable para hacer su mútua felicidad, siendo enteramente contrarios los hábitos de uno y otro, es sumamente difícil sino ya imposible conseguir aquella identidad de sentimientos, aquella uniformidad de deseos que mantienen siempre inalterable la simpatía é intimidad.

El hombre siguiendo los impulsos de su natural inclinación, emplea los alegres años de la risueña juventud en la diversion y el frecuente trato de la sociedad. Bullicioso, ardiente é infatigable corre tras los placeres sin cuidarse del porvenir. Su corazón franco y generoso se entrega á las más dulces emociones; contrae íntimas amistades, ama sin reserva y se vé amado; pero el tiempo le labra: á los placeres sigue la reflexión; á la amistad los desengaños; al amor las traiciones. Así la experiencia le aleecciona, y cuando pasa la edad de la primera juventud, se encuentra satisfecho de goces, rico de desengaños, y ansioso de tranquilidad y bienestar. Entonces tiende á la felicidad doméstica y trata de encontrar en ella el reposo, la fidelidad y la completa confianza, que en vano buscó en el bullicio mundano. ¿Pero como conseguir su objeto tan completamente como apetece, si la mujer que escoje por compañera no tiene sus inclinaciones, su convicción y su santidad. El hombre se liga por buscar el retiro y el descanso, y la mujer por conseguir la libertad y la pro-

porcion de gozar: el hombre se inclina al matrimonio cuando apuró los placeres, la mujer cuando por desearlos y no haberlos podido saborear no halla otro medio de satisfacer sus deseos: el hombre se casa por huir de la sociedad, la mujer por entrar en ella. ¿Puede haber de este modo conformidad y union?

Por eso se tocan tan repetidos ejemplos de infidelidad en la vida doméstica, y se atribuyen á causas especiales y transitorias, sin curarse de profundizar en el verdadero origen de tan lamentable calamidad.

Grandes pasos ha dado la sociedad hacia su perfeccionamiento, y no ha faltado quien haya encontrado en la mujer un elemento de mejora; pero para esto, no nos cansáremos de repetirle, es preciso luchar de frente, hasta derribarlos, con muy inveteradas preocupaciones, cimentar la verdadera moral, no en la rigidez de exterioridades y fórmulas sino en la severidad y respeto de los principios. Cuando las costumbres se mejoren, cuando la mujer pueda entrar en la sociedad desde la época de su pubertad, franca y libremente, profundizarla, y elegir en ella espontáneamente al compañero á que haya de unirse, entonces los matrimonios serán formados por la simpatía, el convencimiento y la mútua conformidad; y los esposos en vez de contradecirse ó tolerarse, se dedicarán tranquilamente á la felicidad doméstica y la educacion de sus hijos. A este hermoso porvenir debe dirigirse el esfuerzo de los escritores, y á ello procuraremos contribuir nosotros con nuestros débiles recursos. Ójala que no sean infructuosos, y que nos quepa la satisfacción de haber hecho algo por el bien de la humanidad !...

L. M. PASIEN.

LA CUARESMA.

ROMANCE JOCO-SERIO. (2)

¿Quién eres, pálido espectro,
Que envuelto en negra bayeta
El magro adusto semblante
Con cárdena toca velas?

¿Eres acaso la sombra
De algun cuitado poeta,
Ó bien la angustiada esfíje
De algun maestro de escuela?

Mas ¿qué confuso trofeo
Tu trono lúgubre cerca
De gaitas y chirrimías,
De dengues y castañuelas?

Allí de una que era ayer
Sacerdotisa de Vesta
La túnica yace ajada
Y el casto velo por tierra.

Podrá su blanca al lino
Restaurar la lavandera,
Mas ¿con qué jabon se lavan
Las culpas que me revela?

Ah! si Madrid fuera Roma,
¿Cuántas vestales cayeran
Al ancho foso rodando
Desde la roca Tarpeya!

Allí el corpiño de pana,
Allí la alquilada trenza
Una pasiega depuso
Y al guardapiés de estameña.

Y es fama que por otoño,
Si no hay un yerro de cuenta,
Ya podrá ejercer la industria
De que viven las pasiegas.

Allí una bata descubro
Rasgada por embustera,

Allí el talle de Lisarda,
Allí el color de Filena.
¿Oh qué de guantes aquí
Que niñas rapaces cubrieran!
¿Oh cuantas caras allá
Que cayéron de vergüenza!
¿No mas! Livida fantasma,
Tú eres la triste *Cuaresma*,
Del carnaval fujitivo
Ceñuda enemiga eterna.

Tú, que el regalado ojalдре
En duro abadejo truecas
Y el ave tierna y sabrosa
En desaborida acelga;
Y en desaliño la gala;
Y la alegría en tristeza;
Y en silencio sepuleral
La barahunda y la gresca.

Harto te anuncia el pesar
De tanta ya muda orquesta,
Y el luto de los fondistas,
Y el llanto de las prenderas.

Colebas de filipichin,
Casacas de filoseda,
Volved al raído cofre
Y á la carcomida percha.

Y con vosotras se encierren
Hasta el día de la feria
Tantos modernos pecados
Y tantas culpas añejas.

¿Oh! Si un prodijio del cielo
De repente os diera lengua,
¿Cuánta opinion rodaría
Y cuanta virtud supuesta!

Mas no: callad; que tambien
Su buena fama perdieran
Las que os venden y revenden
Y os alquilan, y os empeñan.

Y la malicia del vulgo
Diga lo que quiera de ellas,
Las prenderas siempre han sido
Mujeres de muchas prendas;

Y donde se venden honras
En públicas almonedas
No es cosa del otro juéves
Que ropa usada se venda.

¿Mas el carnaval proeza

(2) Leído en el Liceo artístico y literario,
en la sesión de competencia del juéves 7 de
marzo de 1839.

Acébóse ya de veras?
 ¿No quedan ya por ventura
 Carnes en Madrid *tolendas*?
 ¡Oh miércoles penitente!
 No lo creas, no lo creas.
 Hay rostros que en todo el año
 No se quitan la careta.

Y tanto á finir se inclina
 La humana naturaleza,
 Que de *disfraz* sirve á muchos
 Hasta el cilicio que llevan.

En las danzas á lo ménos
 Que el alegre Momo inventa
 Contra astucias y maldades
 Vivimos todos alerta.

Caretas de tafetan
 Solo á un tonto se la pegan;
 Mas ¿de caretas de carne
 Quien defiende á la inocencia?
 ¡Pobre mundo! ¡pobre mundo!
 La taciturna *Cuaresma*
 El regocijo te roba...
 ¡Y las máscaras te deja!

M. BRETON DE LOS HERREROS.

LOS HUESOS

DEL R. P. HILARION.

En una hermosa mañana del mes de mayo de 1585, cierto navío español se baulóncaba anclado en el puerto de Santiago de Cuba.

Iba á dar la vela para Cádiz: los pasajeros estaban á bordo, en sus puestos los marineros, y solo se aguardaban las órdenes del capitán.

Era este un hombrecillo de fina y burlesca fisonomía, de voz ronca y brusco ademán, antiguo y valiente oficial de marina, un tanto cuanto pirata, pobre diablo en el fondo, pero otro sí es no es vio-

lentillo y testarudo. Llamábase el capitán Perez.

En el momento de que hablamos estaba paseándose desafortadamente por el puente, dando con sus jestos inequívocas señales de impaciencia: parábase algunas veces para consultar el viento; luego dirijía como á hurtadillas una mirada á la playa, y, dando en seguida una buena patada en el suelo, proseguía su pasco. Y nadie se atrevía á preguntarle: por qué no nos vamos, señor capitán?

Al cabo, óyense cánticos de iglesia y todos los ojos se clavan en el muelle, donde desembocaba gravemente una larga procesion de frailes, con cruces y estandartes y cirios encendidos, caminando con mesura y cantando casi del mismo modo.

Entre las dos negras filas venía majestuoso un féretro adornado con todas las pompas del culto católico y sobrecargado de rosarios y coronas. Cosa notable! traíanlo con gran trabajo seis negros de los mas robustos: cuatro venerables jesuitas sustentaban las varas del palio: inmediatamente detras del féretro iba solo, con digno y sostenido paso, el superior de los jesuitas misioneros de Cuba, el M. R. P. en Dios, Antonio.

Una inmensa turba de pueblo, toda la guarnicion, y las autoridades civiles y militares, escoltaban piadosamente á la religiosa comitiva.

De repente cesa el canto: detiéndose la procesion: deponen el féretro en un alto estrado: sube á él con firme planta el Padre Antonio, y besando respetuosamente el paño fúnebre, exclama con voz tierna y sonora: "Adios, santo P. Hilarion, «honra y ejemplo de nuestra Compañía, «adios! Yo cumplo tu última voluntad, «separándome de tus reliquias! vayan, «como deseas, á descansar en España, nues- «tra patria feliz! Pero ántes de abando- «narnos, grande Hilarion, bendice á tus

hermanos y á estos devotos desde los encumbrados cielos!?"

Y todas las circunstancias hincaron la rodilla.

«Ingo, volviendo los seis negros á levantar su enorme carga, la transportan á una chalupa, entra tambien en ella el Padre Antonio; y la chalupa, violentamente impulsada, llega muy pronto al navío anclado.

«Así que el féretro estuvo á bordo: — «Mucho habeis tardado, reverendo padre amo, dijo Perez al jesuita; bien sabeis que el viento y la mar á nadie aguardan. Ya deberiamos estar muy lejos del puerto! — No hemos podido despachar ántes, hijo mio; pero Dios os tendrá en cuenta esta tardanza, y estas reliquias protegerán y abreviarán la travesía! Habeis dispuesto dignamente el camarote para recibir las, segun nuestro trato? — Sí, sí. — No debéis perderlas de vista un solo instante. — Descuidad, padre, las vigilaré como á mi propio tesoro! Ola! listos!»

«Preséntanse cuatro marineros que apenas pueden levantar el féretro. Perez llama á otros dos, y, encorvados los seis bajo el enorme peso, bajan al camarote con el capitán y el P. Antonio.

«Cuando estuvo el féretro en su lugar: «Capitán Perez, dijo el jesuita en solemne tono, confío que sois digno de mi confianza. Estas preciosas reliquias exigen de vuestra parte la mas asidua vijilancia! Vos me respondeis de ellas: cuidado! respeto; pues cualquier negligencia os costaría muy cara! Al llegar á Cádiz, entregareis este ataúd al P. Gerónimo; pero no sin que ántes os presente una carta de mi puño y letra... Ya lo habeis oido! Zarpad ahora y Dios os guie!»

Y volviendo á subir al puente, bendijo la tripulacion y el buque, y se metió en la chalupa para regresar á tierra. Empezaban de nuevo los sagrados cánticos, levan-

el ancla, y entre las voces de los frailes, las aclamaciones del pueblo, las descargas y salvas de honor y despedida, lanzóse rápido el navío y emprende su largo viaje.

«Cuando estuvieron en alta mar, navegando viento en popa, Perez, encerrado en su cámara débilmente iluminada por una lámpara sombría, cuyo vacilante reflejo hería grotescamente el féretro, Perez, solo y entregado á mil reflexiones, hijas de una idea constante, decia para sí: — Cosa mas rara! Seis marineros robustos para unos huesos carcomidos! Qué diablos habrá en esa caja? Me la ha recomendado tanto el P. Antonio! Quisiera saber lo que contiene! Seis marineros, seis negros para trasportarla! Qué tendrá dentro? Vive Cristo, que en mi mano está el salir de dudas, haciendo saltar algunos tornillos; esto se logra sin meter ruido: estoy solo, tengo la puerta bien cerrada: veamos!

Manos á la obra; pero las manos le temblaban.

«Si fuese á cometer una impiedad! Si el santo se amosca, y me envía algun mal!..»

Y se quedaba indeciso.

«Sin embargo, san Hilarion sabrá perfectamente que si abro el cofre es solo para ver sus reliquias y saber por qué son sus huesos tan pesados. A fe que en esto no hay ni sombra de impiedad: al contrario!

«Aun tanto sosegada, después de este monólogo, la supersticiosa conciencia de Perez, cobró aliento su curiosidad, pudo mas que el miedo, y poquito á poco, fija la vista en la tapa del ataúd para convencerse de que el santo no se levantaba, quitó el primer tornillo.

Y detábase de golpe.

El santo no se enfadaba.

«Bien lo sabía yo, decia Perez dando vueltas al segundo tornillo; bien lo sabía

«yo: la intención es la que constituye el pecado.»

Fuera ya los tornillos, solo falta levantar la tapa...

Perez levanta la tapa... ah!... no hay aquí santo!

Yerba seca. Perez quita la yerba seca. Una sábana! Perez quita la sábana. Otra vez yerba seca; pero no hay santo!.. Otro cofre! ah! muy pesado, mucho: un cofre de caoba. Qué diablos habrá en este cofre? es preciso abrirlo. Como? sin llave? y la llave? Que salte la cerradura; pero y el ruido? Buen P. Hilarion, compadécete de mí, dijo Perez entre dientes. Tal vez había en esta breve oración una ligera tinta de ironía. En tanto, revolviendo Perez la yerba seca, dió con una llavecita atada á uno de los ángulos de la caja con una cadenilla de hierro.

«La llave! la llave! ya tengo la llave!»

Abre por fin el cofre y ve... talegos de buenas medallas de oro, de buenos escudos de plata, bien acondicionados, bien apilados, bien rotulados!

«Qué significa esto? un papel: leamos.»

«El P. Antonio de Cuba á los reverendísimos padres de Cádiz, salud:

«Os remito, según lo ofrecido, RR. Padres, ochenta mil escudos, bajo cubierta del P. Hilarion, cuyos huesos suponemos incluidos en esta caja. Dichos ochenta mil escudos son fruto de nuestras economías y ahorros, como prueba la cuenta adjunta. Sin duda me perdonareis, reverendísimos padres, esta superchería, que es la mejor salva-guardia contra la codicia y la mala fé de las jentes á quienes he de confiar el tesoro.»

— «Ochenta mil escudos! Hay aquí ochenta mil escudos? decia Perez.

«Oh! reverendos, reverendísimos jesuitas! finos sois y astutos como zorros, preciso es confesarlo! quien si no vo-

«sotros convertiria la caja de un muerto en alforjas? con que estas son las reliquias? «Y yo, pobre lobo marino, engañado como un chico, como un inocente! No, no; «por santa Bárbara bendita! no! vosotros «aguzais mi ingenio, y voy á devolveros «burla por burla: os prometo que recibiréis huesos y solo huesos.»

Y empezaba á desenvolver los cucuruchos.

«Poco á poco, un momento de reflexion: «yo necesito huesos: como hallarlos?»

Y permanecía de rodillas ante el cofre abierto, metidos ambos brazos en los talegos, pintados en su rostro, con triple energía, el deseo de apoderarse de tan rica presa, el pesar de dejarla ir de entre las manos, y la necesidad, la imperiosa necesidad de hacerla propia.

Saliendo repentinamente de aquel éxtasis, añadió:

«Necio de mí! que dice mi rol? veamos... Hum... Recibi del M. R. P. Antonio un féfetro que contiene huesos, y son según ha dicho, los del venerable P. Hilarion... Y quién ha visto esos huesos, que él ha bautizado por huesos de santo? los he visto yo por ventura? No puede ser otra cosa y no huesos?»

Acabemos. Perez desbalió el cofre.

Cuando el cofre estuvo vacío, llenólo apresuradamente de cuanto pudo haber á las manos, pedazos de hierro, de plomo, conchas, trapos, mucha yerba seca... añade por escrúpulo algunos huesos que nada tenían de canónico: luego cierra el cofre, enrosca los tornillos y queda todo como si tal cosa.

Al cabo de un mes, el navio español había llegado á la rada de Cádiz.

Apénas expirado el término de cuarentena, presentóse un venerable jesuita en casa del capitán Perez. — «Deseo hablar al capitán Perez. — Servidor.» — El pobre capitán un tanto desconcertado al pronto

por tan súbita aparición, se repuso en breve y con la mayor sangre fría del mundo, dijo: — «Venis sin duda, padre mio, ¿á reclamar el precioso depósito que me ha confiado el P. Antonio de Cuba? — «Precisamente. — Y tengo la honra de hablar con el P. Gerónimo? — Con el mismo. — Y traeréis una carta del P. Antonio? Aquí está. — Perdonad, padre mio; no os ofendan estas formalidades. — Al contrario, me gustan mucho y deponen en vuestro favor. — Todo está corriente. — Y mis santas reliquias? — Voy yo mismo á buscarlas.»

Perez salió, y, abriendo el jesuita una ventana que daba al puerto, no perdía de vista ni á Perez, ni al navío, ni cuanto estaba pasando.

Bajan el ataúd á tierra; cargan con él ocho forzados maríneros y se dirijen lentamente hacia la casa del capitán: Perez los sigue. — «Como pesa el cofre! decía el jesuita sin quitarse de la ventana, como pesa!»

Entra Perez y dice en tono solemne: — «Pongo en vuestras manos, reverendo padre, el depósito que se me ha confiado. — «La recibí con santa alegría, hijo mio. — «Quedo libre de tan grave responsabilidad. — Y ahora recae sobre mí. — Era un precioso tesoro... — Preciosísimo! — Y lo he guardado con un esmero!... — Dios os bendecirá. — Así lo creo. — Y prosperará vuestros días. — De veras? — Lo aseguro; adios. — Padre mio, os olvidáis de darme un recibo... — Es cosa muy justa.» Y mientras extendía el jesuita su recibo, daba órden para que arimasen el cofre.

El recibo estaba redactado en términos infinitamente lisonjeros á la piedad del capitán Perez, y mientras este lo leía con enternecimiento, llegaba el carruaje. — «Me voy á Madrid al momento», dijo el Padre Gerónimo. Ya discurríeis con cuanto la impaciencia me estarán aguardando

«nuestros buenos padres! Adios: creed que nunca os olvidaré.»

Dicho esto y dada á Perez su bendición, el padre Gerónimo, con sus reliquias bien acondicionadas en el coche, tomó á rienda suelta el camino de Madrid. — El reverendo no podía ménos de reirse y decía: Pobre capitán, que no ha caído en la cuenta! Y Perez por su parte, viéndole correr tan afanoso, no podía ménos de reirse y exclamaba: — Pobre zorro viejo, que no ha caído en la cuenta!

Pocos dias despues el capitán Perez dió la vela para Méjico.

Pasáronse diez años. Perez, á quien todo había salido á pedir de boca, harto de especulaciones, cansado de su vida andante y aventurera, millonario y solteron, resolvió cuerdamente consagrar á los placeres el resto de sus dias, y, como hombre juicioso, fijó su residencia en Sevilla.

Una casa cómoda, grandes bodegas, frescos jardines, fieles amigos, andaluzas vivarachas, pereza, descuido, dias alegres y noches mas alegres todavía... El picaruelo de Perez era feliz hasta dejárselo de sobra.

Hallábase una noche en la mesa con buenos amigos y algunas cortesanas. Corría el vino á torrentes; las risotadas y los cantares báquicos hacian estremecer las vidrieras: orjia completa.

Perez, el dichoso Perez, medio peneque, pidió un momento de silencio y dijo: — «Pardiez, amigos y amigas, que voy á regalaros con cierta cosa mejor que un cantar de vique: os contaré una historia allegre, un buen chasco que di á los pobres jesuitas. Hallábame en la rada de Cuba...

Ábrese de repente con estruendo la puerta de la sala y preséntase un fraile negro seguido de algunos alguaciles.

«Profanadores ímpios, exclama con voz de trueno; de este modo hacéis penitencia? Así os mortificáis en el santo tiem-



S. M. P. 1844

«po cuaresmal? — Luego dirijiéndose á Perez, grita: Sígueme. Ven á dar cuenta de tu conducta al tribunal de la santa Inquisición.»

Los comensales se quedaron mudos de estupor. Perez, medio atolondrado, miraba y remiraba al fraile negro. — «Me reconoces, capitán Perez? — No... sin embargo... me parece. — Soy el P. Antonio de Cuba, dijo el fraile clavando en el pobre capitán una mirada de fuego. — Y ministro de la santa Inquisición, dijo Perez... ay!»

El capitán no murió en la horca; pero creo que lo quemáron vivo.

UN AMOR.

La mujer que yo amé rayaba apenas en los diez y seis años: alabar sus hermosos cabellos rubios, sus rasgados ojos azules, su leve pié, aquella delicada mano cuyo contacto hacía estremecer como el de una centella eléctrica, sería hacer un retrato parecido tal vez á la que habeis amado, parecido á todas las doncellas excepto acaso á Matilde.

Porque Matilde es una mujer imposible de retratar; que es amada sin saber por qué, pero que es amada: que no aparece bonita, ni mucho menos se le dice, porque hay en ella tantas cosas que no tienen ni color ni forma, como la mirada, la voz, un suspiro! una mujer que se aparece á nuestra imaginacion en la soledad de la noche, cercada de una brillante aureola y que solo inspira estas palabras: Ah! cuanto la amo!..

Una mujer que llama falso vuestro amor para tener el derecho de no corresponderos: una mujer á quien se vé dos

días para llorar dos años, ay! para llorar toda la vida, si una mañana no despierta con este pensamiento: «Largo tiempo ha que padece el pobre jóven! si será cierto que me ame?»

Al dia siguiente de haber dicho esto no amaré... pero tal vez aquel dia morireis!

Porque se puede morir de amor, lo entendéis? sí, tambien se muere de amor.

Cuando á través de las praderas, á lo largo de los arroyos, en el fondo de los bosques, veais un pobre jóven, pálido como un niño enfermo, pasearse de árbol en árbol, caminar lentamente sobre las hojas secas con la vista fija en ellas, bajarse para sacar del agua al pobre insecto que se ahoga, ponerle en seguridad bajo el césped, y contemplarle largo tiempo en tanto que se aleja sobre el musgo donde vivirá mas de una primavera; levantar despues los ojos para ver un rayo puro de luz atravesar las ramas de un sauce, ó seguir con la vista en su perezosa caída á la hoja seca; apoyarse despues á plomo contra una añosa encina, y exponer su pecho al moribundo calor de un sol de Otoño;

Cuando le veais internarse en las soledades mas silenciosas y mas oscuras para estar enteramente solo y meditar con anchura, sentarse en el sitio mas sombrío y mas espeso, pero que tenga algun claro en el follaje para ver el cielo; Cuando le veais llevar á sus labios abrasados algun objeto, estrecharle violentamente en su mano y cubrirle de prolongados besos, mojóndole con sus lágrimas; en fin, cuando le veais clavar los ojos en el cielo en vez de llorar, porque ya no hay lágrimas para aquel en quien á un mismo tiempo se desecan la fuente de las lágrimas y la fuente de la vida; cuando creais al pronto que hay una mujer en el bosque porque ois la voz del enfermo que repite el mismo nombre sin cesar, entónces podreis decir:

mañana este joven habrá muerto de amor.

Verdad es que mañana un médico célebre vendrá á decirnos: ese joven ha muerto de una afección pulmonar crónica. Pobre joven! pobre médico!

Y tú, desdichada amante, cuyo amor solo ha sabido empezar sobre una tumba, consuélate; ve á tu vez á recorrer la misma pradera, el mismo bosque, los mismos arroyos y conocerás cuán dulce es morir así, porque siente uno consumirse vaga y lentamente respirando con suavidad el aura de los bosques, porque para el que cree y ama, morir es dar una cita en el cielo, porque es morir sin amargura, sin ambicion, sin odio y sin gloria, porque es morir de amor!!!

I. J. ESCOBAR.

LIBRO

ARTÍSTICO Y LITERARIO.

Consolador para las letras y las artes es el aspecto que en el dia presenta el Libro. Á pesar de los tristes pronósticos que circularon poco despues de la traslacion del establecimiento al palacio de Villabermosa, anunciando su próxima disolucion, le vemos hoy muy cerca de todo su posible engrandecimiento. En pocos dias se han inaugurado varias cátedras interesantísimas de asignaturas propias del instituto, casi todas desempeñadas por jóvenes y desempeñadas con un acierto superior á todo encomio. La literatura en jeneral, la comparada, la historia, la crítica, la declamacion, la música, el canto, la geografía, la pintura, el dibujo, tienen allí buena enseñanza y numerosos alumnos. Las sesiones ordinarias de competencia no

bastan ya á satisfacer la emulacion y los deseos de los liceistas, y ha sido necesario aumentarlas con otras extraordinarias, que hasta aqui se han celebrado con éxito en las mañanas de los domingos. La del domingo 10 de este mes fué concurrenciísima, animada, interesante. La seccion de música suministró tres novedades. Cantaron por primera vez la Sra. D.^a Bárbara Lamadrid, aplaudida actriz de los teatros principales, y los Sres. Ramos y Rodriguez Calonje. La Sra. Lamadrid, cuyos asombrosos recursos físicos para el canto eran hasta ahora desconocidos, probó su gran disposicion artistica, desempeñando con excelente escuela, con suma facilidad y con un aplomo de que pocos principiantes pueden gloriarse, la difícil y conocida cavatina de la Norma. Decimos principiantes porque la Sra. Lamadrid lo es, y creemos que en esta calificacion va envuelto el mayor elogio que de su habilidad puede hacerse. Los aplausos con que el Libro coronó sus esfuerzos, la habrán sin duda convencido de su mérito, desvaneciendo la desconfianza con que se presentó en la, para ella, nueva arena artistica. Nosotros le damos el parabien y le pronosticamos grandes triunfos en la carrera musical, si continúa ardientemente estudiando y siguiendo las buenas inspiraciones que hasta aquí han guiado con tanto acierto sus excelentes facultades. El Señor Ramos, descubrió ser buen profesor, cantando con mucha maestría una aria muy difícil de tenor, cuya ejecucion le valió grandes aplausos. Este artista y la Sra. Villó, su esposa, favorablemente acogida del público en la representacion de Norma, verificada en el Teatro de la Cruz la noche del mismo domingo, acaban de llegar de Málaga y vuelven muy pronto á aquella capital, segun nos han asegurado, en virtud de una contrata que los compromete á cantar otro año en aquel teatro. El Sr. Rodriguez Calonje, bajo ca-

ricato, ya conocido del público de Madrid, se estrenó en el Liceo ejecutando con el señor Calvet el duq de la *Libertá en I Puritani*. Notamos en su canto y método grandes adelantos, y desearíamos haberle oído en alguna pieza propia del carácter único á que se ha dedicado para formar un juicio mas cabal de su mérito. Es inútil decir que las demas secciones contribuyeron al esplendor de la sesion con los muchos recursos que tienen á su disposición.

Damos, pues, el parabien al Liceo y á los que con tanto celo y perseverancia promueven sus mejoras. Grandes son las esperanzas que funda ya Madrid en este establecimiento, y, al ver el ardor actual, creemos que no quedarán defraudadas.

RAMILLETE.

Tenemos entendido que para el beneficio del actor D. Pedro Lopez se está disponiendo en el teatro del Principe la comedia que Tirso de Molina escribió con el título de *El Vergonzoso en Palacio*. D.^a Antera Baus, primera actriz que ha sido de estos teatros y actualmente jubilada, se ha encargado del papel que con tanto aplauso desempeñó siempre, y no dudamos que despues de algunos años de retiro, el publico le concederá nuevos laureles.

— Los periódicos rusos anuncian que el profesor Jacobi de San Petersburgo, ha conseguido reproducir en relieve con la mayor exactitud las líneas mas diminutas de un grabado en cobre, y trasladarlas á otras láminas compuestas con el auxilio de un procedimiento galvanico. El Emperador Nicolas ha concedido los fondos necesarios para la perfeccion de este descubrimiento. El feliz éxito de las primeras

tentativas induce á creer que dentro de poco se aplicará esta invencion al arte del grabado, en el cual deberá producir preciosos resultados.

— *Descubrimiento industrial.* — Mr. James Thornton, profesor de quimica en la universidad de Filadelfia (Estados-Unidos) acaba de hacer un descubrimiento que producirá indudablemente una gran revolucion en la fabricacion de los espejos. Ha conseguido componer una sustancia líquida y vitrificable, que extendida en una superficie cubierta de estaño, adquiere, despues de fria, las mismas cualidades de las lunas de cristal, con las cuales ofrece ademas la mayor semejanza. Con el nuevo método pueden hacerse espejos de todas dimensiones, por muy grandes que sean. Mr. Thornton ha mandado cubrir de esta sustancia el techo y las paredes de un salon de su casa, y aseguran que cuando se encienden las arañas que lo adornan, multiplicados al infinito por los espejos de su invencion los reflejos de las luces producen un efecto mágico.

— *Parto laborioso.* — El 8 de febrero, una mujer en la Isla-sobre-el-Doubs, de edad de 19 años y primeriza, ha dado á luz con gran trabajo y dificultad un feto monstruo que ofrece las particularidades siguientes: dos cabezas, dos cuellos, cuatro brazos, dos pechos, dos columnas vertebrales, todo sostenido en un solo bacinete, del cual nacen dos muslos, como en cualquier otro individuo. En una palabra, el niño era doble en toda la mitad superior del cuerpo y sencillo en la inferior del vientre abajo. Su desarrollo era el de un feto de todo tiempo. Los dos bustos estaban unidos por las partes laterales izquierda y derecha y las caras vueltas en el mismo sentido. Por la autopsia se ha visto que este ser singular tenia dos esófagos que terminaban en un solo estómago, cuatro pulmones, dos corazones, un solo diafragma, un solo tubo digestivo, dos riñones mas voluminosos que en el estado normal y una vejiga mas capaz de lo ordinario. El niño era del sexo masculino, y presentaba una organizacion duplicada hasta el nivel del diafragma, y única debajo de este límite. La longitud total del individuo era de 18 pulgadas: su peso cerca de 10 libras. Las noticias comunicadas por los facultativos no dicen si nació vivo, ni por consiguiente cuanto tiempo pudo existir fuera del seno de su madre.

Editor responsable — A. GUERRERO.